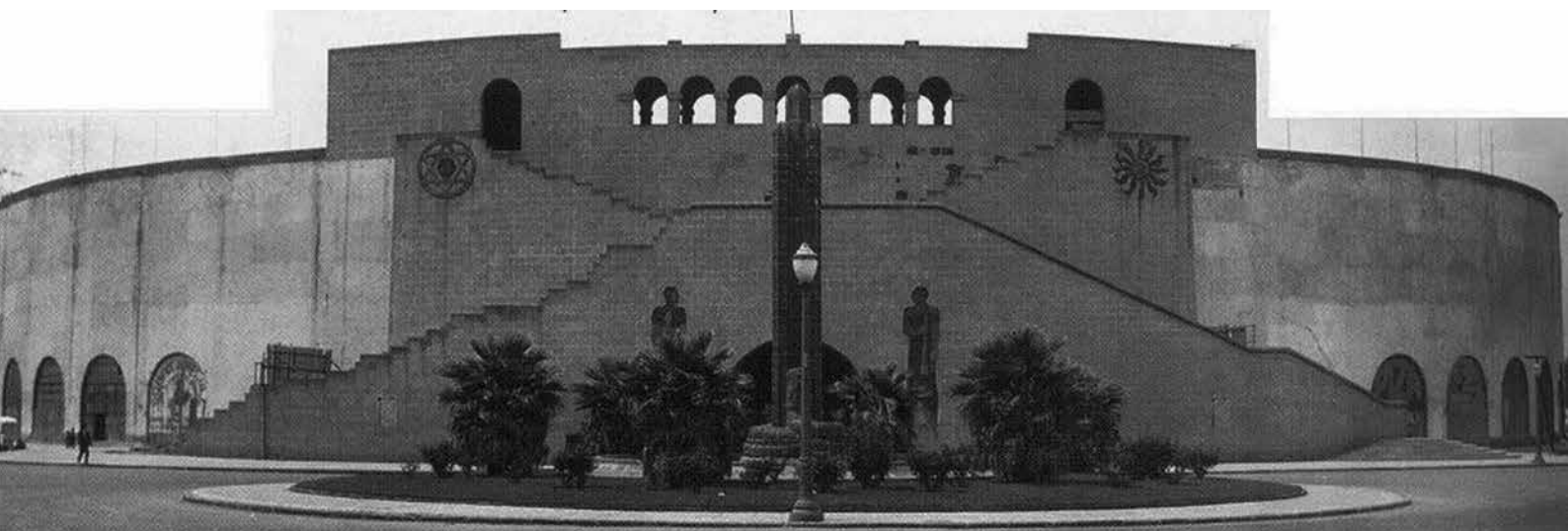


# Un sitio con vocación: el Estadio Nacional de México, 1924-1949

Jorge Vázquez Ángeles

Fotografía: Compañía Mexicana de Aerofoto





EN LA ESQUINA DE LAS CALLES ANTONIO M. ANZA y Toluca hay una estatua sobre un pedestal de piedra. Representa un poderoso atleta a punto de lanzar una jabalina. Para no herir susceptibilidades, un taparrabos poco discreto cubre su entrepierna. ¿Qué hace ahí? ¿Qué representa y que relación guarda con su entorno? Detrás de ella se levanta un edificio de la Secretaría de Finanzas del Distrito Federal que, al igual que las demás construcciones de la tesorería capitalina, representa lo peor de la arquitectura burocrática, aquella que no está pensada para trascender y que lleva grabada desde los cimientos el signo de lo anodino. La estatua podría estar dos metros más delante de su ubicación actual o en la acera de enfrente, junto al muro maltrecho que indica que alguna vez, en ese terreno de veinticinco hectáreas, estuvo el Centro Urbano Presidente Juárez, uno de los multifamiliares más grandes creado bajo la fiebre del Movimiento Moderno, que la mañana del 19 de septiembre de 1985, cuando sucedió el terremoto, terminó de golpe.<sup>1</sup>

La estatua está ahí desde 1954, año en que fue colocada para conmemorar los primeros Juegos Centroamericanos celebrados en nuestro país, en 1926. ¿Por qué? Porque en ese lugar se encontraba el Estadio Nacional, sitio en que compitieron las delegaciones de Cuba, Guatemala y México. Caminar a través de este extenso terreno delimitado por las calles de Jalapa, Huatabampo, Antonio M. Anza y Cuauhtémoc, es recorrer un intrincado palimpsesto, como pocos en la ciudad. Hay sitios que no pierden su vocación, como si la tierra estuviera destinada a cumplir un destino ineludible: antes del estadio, en ese lugar existió un panteón municipal, el de La Piedad, clausurado en 1878 al abrirse el de Dolores. Luego vino el Estadio Nacional con capacidad para sesenta mil espectadores, después el Centro Urbano Juárez, diseñado para albergar una población de entre tres y cinco mil personas. Fue y ha sido un lugar para concentrar personas, vivas o muertas.

---

<sup>1</sup> Otro clavo en el ataúd del Movimiento Moderno lo representó la ruina parcial de Tlatelolco, el otro gran proyecto de vivienda social en México.



Los rastros del multifamiliar aún pueden observarse detrás de las alambradas coronadas de púas que protegen los edificios que sobrevivieron al temblor. Al pasar por fuera de los edificios que dan a la calle de Toluca, que en los planos originales del Conjunto Juárez se llamaba Orizaba, no se escucha nada, como si estuvieran abandonados. El deterioro es evidente y parece que los edificios están en alerta, a la defensiva. Quizá por eso, detrás de las rejas, bajo la luz del sol, descansan varios perros que ante cualquier movimiento sospechoso, seguramente comenzarán a ladrar. Del panteón de La Piedad no queda nada, más que la quietud en algunos sitios del parque que unos llaman Antonio M. Anza o Ramón López Velarde. Trato de contrastar la soledad de algunos de sus parajes imaginando un sábado típico en la vida de los habitantes del Conjunto Juárez o los días en que miles de estudiantes abarrotaban las gradas del estadio, vitoreando a los jugadores de fútbol americano de la Universidad o del Politécnico, que se batieron en ese mismo campo lodoso durante varias temporadas.

A punto de llegar a avenida Cuauhtémoc, a un costado del espantoso edificio del centro comercial Pabellón Cuauhtémoc —construido de manera ilegal, supongo, en terrenos pertenecientes al Conjunto Juárez<sup>2</sup>—, encuentro un monumento vandalizado, que reafirma la vocación del lugar: se titula “Paseo del Rock Mexicano” y pretende homenajear las cincuenta canciones más representativas del rock nacional. Como se han robado todas las placas, nadie sabe qué canciones fueron las elegidas por la Delegación Cuauhtémoc. Por su forma y disposición, es el mausoleo de rock.



Aunque a José Vasconcelos el deporte le parecía una pérdida de tiempo, “aburridos pasatiempos”, “servil

<sup>2</sup> Hoy en día continúa el litigio por la posesión del terreno entre los propietarios de los edificios destruidos y aún en pie, contra el Gobierno del DF y el ISSSTE, quienes reclaman para sí las veinticinco hectáreas originales.

mecanización del músculo, en todos esos saltos y carreras que tienen por objeto colocar una pelotita dentro o fuera de un marco o de una pista”,<sup>3</sup> la idea de construir un estadio favorecía sus intereses e ideales. Por una parte, tanto Vasconcelos como Álvaro Obregón, presidente de México, y principal impulsor de la campaña de alfabetización y construcción de escuelas, sabían que el dominio de las masas era indispensable para sustentar sus proyectos nacionales que casi siempre se confundían con sus intereses personales. No le costó mucho a Vasconcelos convencer a Obregón de que expropiara el terreno donde había estado el panteón de La Piedad. Después, y siempre bajo su mando, explicó a los arquitectos del Departamento de Proyectos de la SEP qué era lo que necesitaba. Admirador de civilizaciones como la griega y la romana, el secretario decidió que el estadio debía de estar inspirado en el Panathinaikó, estadio donde se efectuó la primera olimpiada moderna. A grandes rasgos, se trata de un estadio en forma de herradura, con una cabecera principal semicircular y que, a diferencia de los estadios modernos, no está delimitado, dando la apariencia de que puede extenderse infinitamente. El Estadio Nacional medía, a “nivel cancha”, 172 metros de largo por sesenta de ancho, sin contar las veintiocho gradas, que le daban otros 30.50 metros más de ancho. Como ha pasado en otros proyectos, el estadio no estuvo exento de polémicas. Para empezar, fue, según Rubén Gallo, la obra más costosa de las emprendidas por Vasconcelos: costó un millón de pesos.<sup>4</sup> El dinero se reunió por medio de la “donación voluntaria” de los trabajadores de la SEP, quienes aceptaron donar un día de su sueldo,<sup>5</sup> y mediante aportaciones del gobierno federal. La autoría del estadio desató varios problemas que se ventilaron en los diarios de la época: aunque el primer dibujo que se dio a conocer llevaba la firma de un joven de veintidós años llamado José Villagrán García, posteriormente uno de

<sup>3</sup> *El Estadio Nacional: escenario de la raza cósmica*, de Diana Briulo Destéfano en: <http://bit.ly/1VY4aVb>

<sup>4</sup> *Máquinas de vanguardia*, Rubén Gallo, Sexto Piso 2014, p. 237.

<sup>5</sup> *Ibid.*

los arquitectos más importantes y reconocidos en el medio nacional, quien diseñó hospitales y escuelas, no se le dio el crédito correspondiente sino muchos años después debido a que era pasante. Por si fuera poco, una serie de problemas técnicos pondrían a Vasconcelos en el ojo del huracán: para empezar, él deseaba que el estadio se construyera de piedra, el material de lo eterno, como hacían los griegos. Debido al costo, las opciones más viables eran dos materiales modernos: cemento y acero. Aunque no estuvo de acuerdo, no le quedó más remedio que aceptar sobre todo porque la Compañía Fundidora de Fierro y Acero de Monterrey le vendería el material a precios módicos.<sup>6</sup> Después, a la hora de comenzar la obra, muy pronto se dieron cuenta que algo andaba mal: en el exterior del estadio, la escalera principal que rodeaba la cabecera principal estaba mal resuelta, de tal modo que los peraltes de los escalones no alcanzaban a cubrir la altura necesaria. Como nadie quería cargar con la culpa, se señaló tanto al joven Villagrán como a su jefe, el ingeniero Federico Méndez Rivas. En medio de la disputa y la necesidad de resolver el error, Vasconcelos llamó a quien, según su parecer, sabía más de estética y arte que los arquitectos: Diego Rivera, quien había ganado el concurso para realizar la decoración exterior del estadio, representando “dos cualidades fundamentales de la naturaleza humana: la Voluntad y la Videncia”.<sup>7</sup> Aunque no queda claro cómo se resolvió el tema de la escalera, la obra prosiguió.

El estadio, al final, resultó una mezcla de estilos neocolonial, griego y romano. Incluso su función tampoco era muy clara: para José Vasconcelos era el último peldaño para crear hombres y mujeres que buscaran, en todo momento, “ideales estéticos”. Era la “raza cósmica”.


El ensayo general, efectuado el 27 de abril de 1924 volvió a avivar la polémica del proyecto: alrededor de cien niñas, de las doce mil que cantarían el Himno

Nacional, “La Pajarera” y “La Norteña”, se desmayaron debido a la insolación, por lo que el propio Vasconcelos ordenó que el día de la inauguración se contara con cuatro tanques con agua de frutas, uniformes, tranvías y veinte mil sándwiches para los niños.<sup>8</sup>

Por fin, el 5 de mayo de 1924 fue inaugurado el Estadio Nacional por Álvaro Obregón. Además de las canciones interpretadas por el coro, se llevaron a cabo tablas gimnásticas, ejercicios de primeros auxilios, carrera de relevos, juegos con un balón gigante de dos metros de diámetro y “el Jarabe Nacional”, bailado por quinientas parejas.

El Estadio Nacional nunca fue terminado. Se dice que el propio Vasconcelos, el día de la inauguración, al ver una escalera inconclusa, le dijo a Obregón que estaba seguro que quienes venían detrás de ellos —Plutarco Elías Calles y los suyos—, serían incapaces de terminar esos escalones. Voz de profeta: la que sería su obra más grandiosa duró apenas veinticinco años. Fue derrumbada en 1949 por la picota modernizadora de Miguel Alemán.



Un sábado cualquiera, entre el lanzador de jabalina y un monumento más a Juárez —que aparece de medio cuerpo, como emergiendo de la pared, debidamente chapado en oro, sosteniendo una bandera y su infaltable rúbrica “El respeto al derecho ajeno es la paz”—, se reúne un grupo de muchachas y muchachos que por razones desconocidas siguen las instrucciones de hombres y mujeres que, vestidos como militares, accionan silbatos, los llaman al orden y tratan de aleccionarlos en el arte de hacer la escolta y marcar bien el paso redoblado. Todos usan botas con agujetas blancas y llevan puesta una playera que los identifica con algún tipo de gimnasio militarizado. Hay lugares que jamás pierden su vocación. 

<sup>6</sup> Diana Briulo Destéfano, *op. cit.*

<sup>7</sup> *Ibid.*

<sup>8</sup> *Ibidem.*